

PALABRAS CLAVE

Prebisch, Raúl
Desarrollo económico
Política de desarrollo
Política económica
Dependencia económica
Globalización
Aspectos sociales

Raúl Prebisch y el dilema del desarrollo en el mundo global

Aldo Ferrer

La globalización plantea desafíos y oportunidades. Prebisch enfrentó este dilema del desarrollo en el mundo global y dejó tres mensajes que son el gran legado de su obra. Primero, los países centrales conforman visiones del orden mundial funcionales a sus propios intereses. Es necesario rebelarse contra ese esquema teórico para resolver el dilema. Segundo, es posible transformar la realidad y lograr, con los centros de poder mundial, una relación simétrica no subordinada. Tercero, la transformación requiere un cambio profundo en la estructura productiva para incorporar —en la actividad económica y social— el conocimiento, que es el instrumento fundamental del desarrollo. Estos mensajes conservan plena vigencia en la actualidad.

Aldo Ferrer
Profesor Emérito, Universidad
de Buenos Aires
✦ aldoferrer@ymail.com

I

Introducción¹

En su análisis de los problemas del desarrollo de América Latina, Raúl Prebisch siempre relacionó las condiciones internas de los países de la región con su contexto internacional y la inestabilidad de corto plazo con la vulnerabilidad estructural en el largo plazo. Su principal preocupación fue cómo fortalecer nuestra capacidad de respuesta frente a los desafíos y oportunidades del orden mundial, que actualmente denominamos globalización. De esa aproximación a la realidad surgieron sus aportes acerca del enfoque centro-periferia, los términos de intercambio, la industrialización, la integración regional, la distribución del ingreso y las políticas públicas convenientes.

En la actualidad, el sistema mundial enfrenta problemas no resueltos. En primer lugar, las asimetrías en los niveles de bienestar derivadas de la desigualdad en la distribución de los frutos del progreso técnico entre los países y dentro de cada uno de ellos. Los problemas “históricos” de la globalización se entrecruzan ahora con la gran crisis financiera y sus repercusiones en la economía real. En este escenario resaltan tres cuestiones principales. Primero, la inviabilidad de un sistema financiero planetario desregulado, centrado en la especulación. Segundo, la imposibilidad de seguir cerrando la brecha ahorro-inversión a través del déficit externo de los Estados Unidos. Tercero, la emergencia de las

grandes naciones de Asia como nuevos protagonistas de las relaciones internacionales.

La crisis ha desencadenado transformaciones en el sistema mundial que modifican algunos de sus comportamientos. Subsisten, sin embargo, rasgos esenciales de la globalización y sus relaciones con el desarrollo de las economías nacionales. No es previsible que los cambios en curso abran una etapa prolongada de relativa estabilidad en las relaciones internacionales, si no se enfrentan las consecuencias de las desigualdades extremas en los niveles de bienestar, ni se resuelven los problemas más urgentes del medio ambiente.

En este ensayo se procura identificar la naturaleza y el alcance de los cambios en curso en el orden global y su repercusión en los países de la región. Es decir, explorar cuánto han cambiado el orden mundial y los problemas del desarrollo latinoamericano entre los tiempos de Prebisch y la actualidad y, en consecuencia, qué vigencia conservan sus ideas y, en un sentido más amplio, las contribuciones del pensamiento estructuralista latinoamericano fundado en su propia obra y en los aportes de Celso Furtado, Aníbal Pinto y Osvaldo Sunkel, entre otros.

Para tales fines, en la segunda sección se reseñan los principales mensajes de Raúl Prebisch sobre el dilema del desarrollo, mientras que en la tercera se relacionan los alcances de este dilema con su contexto histórico: el de la globalización. Continúa el ensayo con una cuarta sección, orientada a sintetizar los aspectos más relevantes del último cuarto de siglo de la historia económica, como un antecedente adecuado para sostener la vigencia de las ideas prebischianas. Finalmente, a modo de conclusión, se destaca la importancia que tiene la densidad nacional en el proceso de desarrollo, requisito que considero clave para alcanzar el desenvolvimiento económico y social en el contexto de la globalización.

□ Ensayo basado en la Conferencia magistral realizada en la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), en Santiago de Chile, el 22 de abril de 2010, en el marco de la Novena Cátedra Raúl Prebisch.

¹ El autor de este ensayo se ha basado en buena medida en las siguientes referencias de su autoría: Ferrer (1996, 1997, 1998, 2004 y 2008, esta última se refiere a la 4ª edición de *La Economía Argentina* (2008). En esta edición, que es la cuarta, colaboró M. Rougier).

II

Los mensajes de Prebisch

El mundo global plantea desafíos y oportunidades, amenazas pero también nuevas perspectivas. Esa fue esencialmente la reflexión de Prebisch a lo largo de su vida. Desde sus años mozos hasta el final de sus días enfrentó este tema fundamental del dilema del desarrollo en el mundo global. A partir de allí, formuló un conjunto de ideas que enriquecieron el acervo intelectual de nuestros países. Pero, en lo principal, dejó tres mensajes que, en definitiva, son el gran legado de su obra.

El primero es que los países centrales conforman visiones del orden mundial funcionales a sus propios intereses. Consecuentemente, es necesario rebelarse contra ese esquema teórico para resolver el problema del desarrollo y responder con eficacia a los desafíos del crecimiento en un mundo global. Prebisch llamaba “pensamiento céntrico” a esa racionalización del sistema internacional, la que —desde la teoría de las ventajas comparativas de la doctrina clásica del comercio internacional hasta la teoría de las expectativas racionales— es funcional a los intereses del “centro”. En el terreno de la política económica, desde el libre cambio hasta el Consenso de Washington, ocurre lo mismo. Son formulaciones ideológicas de los centros desarrollados, que conciben una organización del sistema en que los países de la periferia son apenas segmentos del mercado mundial y no sistemas nacionales capaces de conformar, dentro de sus fronteras e integrados a un mundo globalizado, estrategias para desplegar su potencial de desarrollo económico y social e incorporar los avances de la ciencia

y la tecnología. Este es el primer mensaje de Prebisch: la rebelión contra el pensamiento céntrico.

El segundo es que la transformación es posible, que sobre la base de una visión realista de los problemas se puede transformar la realidad, desplegar el potencial y lograr, con el resto del mundo y en primer lugar con los centros de poder mundial, una relación simétrica no subordinada.

El tercer mensaje de Prebisch es que la transformación requiere un cambio profundo en la estructura productiva a fin de incorporar, en la actividad económica y social, el conocimiento, como instrumento fundamental del desarrollo. Esto solo es posible en una estructura diversificada y compleja, no puede darse en un país especializado en la explotación de los recursos naturales sin desplegar, simultáneamente, un entramado complejo de industrias y de cadenas de valor agregado en la frontera del conocimiento. A partir de allí es posible generar empleo, bienestar, inclusión social y una relación simétrica no subordinada al sistema internacional.

Esos son los tres grandes mensajes de Prebisch. La pregunta ahora es, 25 años después de su fallecimiento, qué vigencia conservan de acuerdo con los propios planteamientos de la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL. Trataré de dar una respuesta y, para esto, detendré brevemente la atención de ustedes sobre la cuestión esencial de la reflexión de Prebisch, vale decir, el dilema del desarrollo en un sistema global.

III

El dilema y su historia

La globalización es el primer componente del dilema: ella constituye un sistema de redes financieras y de comercio, de integración de cadenas de valor, que se va profundizando a lo largo del tiempo bajo el efecto del avance de la ciencia y la tecnología. La globalización coexiste con el hecho de que los mercados internos de los países siguen siendo el espacio fundamental de las transacciones y de la actividad económica y social. La producción mundial que traspone las fronteras nacionales

no representa mucho más del 20% del producto global y la inversión de las filiales de las corporaciones transnacionales no aporta más que un 15% de la formación de capital en el mundo. Por lo tanto, los mercados y ahorro internos constituyen los componentes principales de la demanda y del financiamiento de la acumulación de capital.

La globalización es también un sistema de poder, en el que los grandes Estados, las corporaciones

transnacionales y los mercados financieros ejercen una influencia dominante y establecen las reglas de juego del sistema. Finalmente, como lo planteó Prebisch en su primer mensaje, la globalización es el espacio de formación del pensamiento hegemónico, funcional a los intereses del “centro”. De allí surge la idea de que el mercado es capaz de administrar con racionalidad los recursos a nivel global en beneficio de todos y, también, que las fuerzas de la globalización son tan abrumadoras que cualquier tentativa de construir, en la periferia, proyectos nacionales de desarrollo, está destinada al fracaso.

El segundo componente del dilema es el desarrollo, que consiste en gestionar el conocimiento e incorporarlo al tejido económico y social. Se trata de un proceso acumulativo que se genera a lo largo del tiempo. Incluye no solo al capital y la tecnología, sino que también implica, simultáneamente, la organización del Estado, la educación, la sinergia entre lo público y lo privado, y la formación de los sistemas nacionales de ciencia y tecnología. Es un proceso de acumulación continua en el tiempo de saberes y de capacidad productiva. El desarrollo siempre tiene lugar en un espacio nacional. En las palabras del profesor Sunkel, el único desarrollo posible es “desde dentro” (Sunkel, 1991). El desarrollo no se importa. No hay ningún caso en la historia económica del mundo en que un país haya sido desarrollado desde afuera. El desarrollo es siempre un proceso que se da en un espacio nacional o no se da. Cuando esto se verifica, es posible desplegar el potencial y colocarse en las fronteras del desarrollo de cada época.

Como la globalización penetra en los países y el desarrollo ocurre siempre en un espacio nacional, surge el dilema del desarrollo en un orden global. El espacio nacional es penetrado, desde afuera, por la división del trabajo determinante de quien produce y quien domina las redes de intercambio. Puede penetrar en el control de los recursos naturales de los países menos avanzados y lo hace a través del dominio de las cadenas de valor, en el marco de las grandes corporaciones, y de su influencia en el proceso de generación de conocimiento y de aplicación de la tecnología. Precisamente esta relación entre la globalización y el conocimiento es uno de los campos fecundos de la reflexión latinoamericana sobre política tecnológica. Aquí recordaré al profesor Jorge A. Sábato, ex Gerente de Tecnología de la Comisión Nacional de Energía Atómica de la Argentina, quien ha sostenido recurrentemente y en diversos ámbitos que el problema consiste en cómo hacer endógeno el cambio técnico en nuestros países.

El espacio nacional también es penetrado por mecanismos más sutiles, como es el del tipo de cambio, lo que constituye el tema de la “enfermedad holandesa”. Los países especializados en la producción primaria tienden a operar con tipos de cambio sobrevaluados, más aún si además son objeto de la especulación financiera. El problema es el principal obstáculo para la industrialización y transformación productiva. La cuestión ha sido estudiada por economistas latinoamericanos, como Luiz Carlos Bresser-Pereira (Bresser-Pereira, 2008 y 2010).

En conclusión, el que un país sea penetrado por los fenómenos externos configura el dilema del desarrollo en el orden global. Si un país no da buenas respuestas a la globalización, se desarticula y no puede poner en marcha los procesos acumulativos de gestión del conocimiento, inherentes a la transformación. En sentido contrario, si las respuestas son adecuadas, la globalización abre oportunidades de comercio, inversiones, empleo y acceso a nuevos conocimientos.

Es preciso ahora hacer una breve reflexión sobre la historia del dilema, para ubicar, en ese contexto, la contribución de Prebisch. En el mundo anterior a la revolución tecnológica, antes del Renacimiento europeo, del despegue de las civilizaciones cristianas de Occidente, las relaciones entre los países eran irrelevantes desde el punto de vista del desarrollo económico. Existía comercio “internacional”, un espacio podía ser ocupado por otro y dominado, pero las condiciones de producción seguían siendo las mismas en unos y otros. Como los niveles tecnológicos eran semejantes, las relaciones “internacionales” eran irrelevantes para la actividad económica.

El dilema empieza cuando la tecnología impacta en la organización económica y da lugar al crecimiento continuo de la productividad. A partir de entonces, el tipo de relación que un espacio mantiene con el resto del mundo es fundamental desde el punto de vista de su desarrollo. En consecuencia, el dilema tiene una antigüedad de cinco siglos. Empieza en la última década del siglo XV, cuando Colón descubre el Nuevo Mundo y los portugueses llegan por la vía marítima a Oriente, culminando la empresa iniciada por el príncipe Enrique el Navegante a principios de dicho siglo. En ese momento se configura el dilema por dos motivos. Por una parte, existe el primer sistema planetario. Por otra, la gestión del conocimiento —es decir, el desarrollo de cada país— es influida por la naturaleza de sus relaciones internacionales.

En estos cinco siglos se pueden identificar varias etapas de la formación del sistema mundial y del dilema del desarrollo en el orden global. Un Primer Orden

Mundial es el del capitalismo mercantil, con el liderazgo inicial de los países ibéricos y, enseguida, de Francia, Holanda e Inglaterra. Comienza entonces la hegemonía occidental y cristiana en la organización del sistema. De hecho, hasta tiempos recientes, el dominio de la tecnología estuvo concentrado en el Atlántico del Norte.

Desde fines del siglo XVIII, la Revolución Industrial inaugura un Segundo Orden Mundial. Las nuevas tecnologías y fuentes de energía, los nuevos medios de transporte, el surgimiento del ferrocarril, los cables submarinos, el telégrafo, los avances en la metalurgia, en la agricultura, en las industrias que ahora llamamos tradicionales, como la textil, que en aquel tiempo eran industrias dinámicas, configuran el nuevo orden mundial y un impulso extraordinario y sin precedentes en la globalización.

Durante la conquista y la colonización, América Latina se incorporó al orden global en una posición subordinada. La relación centro-periferia, estudiada por Prebisch, se profundiza en el Segundo Orden Mundial, después de la independencia de nuestros países, que se incorporaron entonces al sistema como abastecedores de productos primarios, importadores de manufacturas y tomadores de deuda. Luego, esta relación se mantuvo por un período de tres décadas (de 1914 a 1945), en que se producen dos guerras mundiales, la gran crisis de los años treinta, la ruptura del sistema político con la revolución de octubre de Rusia y la emergencia del fascismo y del nazismo. Es un período en que declinaron todos los indicadores de la globalización: comercio, inversiones y corrientes financieras. Los países se replegaron sobre sí mismos y se produjo también, con la crisis de los años treinta, el descrédito de la ortodoxia neoclásica y el surgimiento del paradigma keynesiano.

Ese período de “desglobalización” fue sucedido por un nuevo orden global que podemos denominar Tercer Orden Mundial. Bajo el impacto de las nuevas tecnologías tiene lugar una transformación fenomenal y la profundización de las redes de la globalización. En el período se reconocen dos subperíodos. El primero, el “dorado”, en virtud de la recuperación posterior a la guerra bajo la hegemonía del paradigma keynesiano y del Estado de bienestar. El segundo, el neoliberal, fuertemente condicionado por el acelerado crecimiento de la globalización financiera y la formación de un gigantesco casino especulativo. En ese escenario se recompuso la hegemonía ideológica del “centro”, la magia y la omnipotencia del mercado y la supuesta impotencia de las políticas públicas sometidas al imperio de las expectativas racionales, fenómeno que culmina con la crisis reciente.

¿Cómo se ubica la reflexión de Prebisch en esta trayectoria histórica de la globalización y en la transformación y renovación permanente del dilema del desarrollo en el mundo global? Prebisch comienza su formación de economista en la década de 1920, en un escenario de aparente retorno a la normalidad anterior a la guerra, que culmina con la gran crisis, el derrumbe del orden económico internacional, el descrédito de la ortodoxia neoclásica y el surgimiento del paradigma keynesiano. Para ese entonces, la Argentina era el país latinoamericano que había alcanzado, dentro de la relación centro-periferia durante el Segundo Orden Mundial, los más altos indicadores económicos y sociales de América Latina. Como consecuencia, la crisis golpeó profundamente a la economía argentina. En semejante escenario interno y mundial, antes de cumplir los 30 años, Prebisch ocupa posiciones importantes en el régimen político argentino que surge del golpe de Estado de septiembre de 1930. En 1935, desde su puesto de Gerente General del Banco Central de la República Argentina, realiza la singular experiencia de administrar la política monetaria, que fue decisiva en la formación de su pensamiento.

Prebisch fue profesor de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires y se retiró de la cátedra por las mismas razones políticas que lo alejaron de su posición en el Banco Central, a mediados de la década de 1940. Pero en el primer semestre de 1948 volvió a la cátedra y tuve la gran fortuna de encontrarme cursando la materia en ese momento. Paralelamente a la cátedra, Prebisch dirigía un seminario de investigación. Recuerdo que en la primera sesión del seminario, en abril de aquel año, nos reunimos unas 20 personas: Prebisch, dos o tres de sus colaboradores de la cátedra y los alumnos. El profesor comenzó por explicar los problemas que había enfrentado en la conducción de la política monetaria y dijo: “Mi desencanto con la teoría ortodoxa era cada vez mayor”. Enseguida preguntó: ¿“A qué atribuyen ustedes ese desencanto”? Yo me atreví a contestar, con el asentimiento del profesor, que la causa era que la teoría no servía para resolver los problemas. En aquel seminario y en el curso, Prebisch anticipó las ideas que después desplegaría aquí, desde la CEPAL, enriquecidas por el aporte de Celso Furtado, Aníbal Pinto y otros maestros del pensamiento económico latinoamericano.

Ubicadas en su contexto histórico, se observa que las ideas de Prebisch y el llamado estructuralismo latinoamericano se gestaron en la fase de desglobalización del sistema internacional, y alcanzaron su mayor influencia en el “período dorado” del Tercer Orden Mundial. Es decir, en la época en que la ortodoxia del

centro y su pretensión hegemónica fueron sustituidas por el paradigma keynesiano, las políticas públicas y el Estado de bienestar.

Fue en ese escenario que el pensamiento de Prebisch y su respuesta al dilema del desarrollo en el mundo global fructificaron en América Latina, y tuvieron una considerable influencia en la política económica de los países de la región. A partir de la década de 1970, todavía en vida de Prebisch, las cosas cambiaron y se recuperó el pensamiento hegemónico desde el centro, intensamente penetrado por la dimensión financiera.

IV

Los últimos 25 años

De 1985 a la fecha han ocurrido cambios profundos, que conviene recordar para responder al interrogante sobre la vigencia actual del pensamiento de Prebisch. El acontecimiento de mayor trascendencia es la consolidación del desarrollo de China y la emergencia de la India. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el Japón, la República de Corea y la provincia china de Taiwán desplegaron su desarrollo industrial y tecnológico. Pero en conjunto, esos países representan el 5% de la población del mundo. Recién con la emergencia de las dos grandes naciones asiáticas —cuya población representa el 40% de la población mundial— surge un polo alternativo de desarrollo que pone fin a la incontestable hegemonía occidental de los últimos cinco siglos. Lo que precisamente caracteriza la emergencia de estas naciones de Asia es la transformación estructural basada en la incorporación, en los tejidos productivos y sociales, de las actividades intensivas en conocimiento. El centro dinámico del sistema ha comenzado a desplazarse desde el Atlántico del Norte a la Cuenca Asia y el Pacífico.

Al mismo tiempo, en la actualidad la economía mundial ha sido golpeada por el descalabro del mundo del dinero. Asimismo, se ha hecho evidente la inviabilidad de seguir manteniendo el déficit de ahorro y de pagos internacionales de los Estados Unidos, como medio para cerrar la brecha ahorro-inversión en la economía global. La insuficiencia de la demanda interna de algunos países (principalmente, China y Alemania) para absorber sus altos niveles de ahorro ha sido cubierta en buena medida por el déficit norteamericano.

Un tercer hecho relevante es que la crisis del mundo del dinero ha provocado un vacío teórico en el pensamiento céntrico. Como en los años treinta, la ortodoxia

En mayor o menor medida, nuestros países sucumbieron a la nueva situación en el marco de escenarios de extrema tensión política en varios de ellos. El proceso de transformación, liderado por la industrialización sustitutiva de importaciones, no nos había permitido construir situaciones nacionales suficientemente sólidas. Por lo tanto, caímos en la trampa de la deuda y, finalmente, en la década perdida de los años ochenta. Fueron los años finales de la vida de Prebisch, en los que declinó su influencia teórica y en la política económica de los países.

está desacreditada por su incapacidad para generar un marco internacional y políticas nacionales viables. La Argentina ha cumplido un cierto papel pionero en algunos problemas. Recordamos antes que la reflexión de Prebisch se fundó en la experiencia argentina en el período de entreguerras. En tiempos recientes, la Argentina fue el país de América Latina que aplicó el canon neoliberal con mayor profundidad. Avanzó en las privatizaciones más que cualquier otro de los países de la región, se endeudó hasta el límite de la insolvencia, sobrevaluó la moneda causando estragos en el tejido productivo, convirtió al Banco Central en una caja de conversión bajo el régimen de convertibilidad y el tipo de cambio fijo, y redujo el objetivo de la política económica a “transmitir señales amistosas a los mercados”. El epílogo fue el descalabro de 2001-2002. Esta experiencia argentina anticipó la crisis que se desencadenó en el sistema global a finales de esta década, a partir de las mismas ideas y políticas que inspiraron la estrategia neoliberal en la Argentina.

Estos cambios en el sistema global plantean interrogantes acerca de la resolución de la brecha ahorro-inversión, el déficit de los Estados Unidos, la regulación del mundo del dinero y cómo se acomodan los países emergentes de Asia en un nuevo escenario internacional. Lo que no se advierte son respuestas del sistema internacional a la altura de los desafíos que siguen amenazando la paz, la seguridad y el medio ambiente. No se advierten en el debate del Grupo de los Veinte y en otros foros internacionales, respuestas válidas a estas cuestiones y mucho menos a las crecientes brechas de bienestar en el sistema global y en el interior de la mayoría de los países.

En este escenario de incertidumbres hay ciertas cosas que, claramente, no cambian. No cambian la naturaleza de la globalización y el desarrollo, las relaciones entre ambos y el dilema del desarrollo en el mundo global.

La presencia de China en el mundo globalizado actual no indica que se comporte de manera distinta que las naciones industriales maduras respecto de las economías menos avanzadas. Es decir, a través de la exportación de manufacturas complejas y capital y la importación de alimentos y materias primas. Es previsible que la división internacional del trabajo entre el viejo centro del Atlántico del Norte y el nuevo de Asia y el

Pacífico, por una parte, y lo que queda de la periferia después del despegue de las naciones emergentes, por la otra, se mantenga con las mismas tendencias que vienen del pasado.

A su vez, el desarrollo económico enfrenta desafíos provocados por cambios importantes en el sistema mundial y debido a la continua ampliación de las fronteras del conocimiento y la tecnología. Pero el desarrollo sigue siendo esencialmente lo que siempre fue, vale decir, la incorporación de la ciencia y la tecnología en el tejido económico y social, y la capacidad de gestionar el conocimiento en el espacio nacional.

V

La densidad nacional

Esto me conduce a las reflexiones finales acerca del dilema del desarrollo en el mundo global y las condiciones que determinan la capacidad de los países de responder a los desafíos y oportunidades de la globalización. El análisis comparado de la experiencia de los países que tuvieron éxito a lo largo de los diversos períodos históricos, en responder con eficacia a tales desafíos y oportunidades, revela la presencia de ciertas condiciones necesarias que, en conjunto, denomino la densidad nacional. Puede afirmarse que cada país tiene la globalización que se merece en virtud de la fortaleza de su densidad nacional. Los países que tienen fuerte densidad nacional son capaces de responder a los desafíos y pueden aprovechar las oportunidades del sistema global.

Entre los componentes de la densidad nacional figura, en primer lugar, la cohesión social. Sociedades profundamente fracturadas por la desigualdad, a veces por problemas religiosos y étnicos, carecen de capacidad para desplegar su potencial de recursos. El segundo componente es la calidad de los liderazgos. En las sociedades cohesionadas socialmente es normal que los líderes tengan estrategias de acumulación de poder dentro del propio espacio, y no sean meros agentes comisionistas de los intereses transnacionales. Por ejemplo, en la historia contemporánea, la experiencia de los países emergentes de Asia revela que el empresariado local y los Estados nacionales lideran el proceso de acumulación de capital y tecnología. Asimismo, establecen relaciones con las corporaciones transnacionales para el desarrollo de las cadenas de valor, sin perder la capacidad de conducir los procesos de acumulación y de cambio. Estas dos condiciones están ligadas la una con la otra. Las sociedades

muy fracturadas tienden a ser conducidas por minorías que están más cerca de los intereses transnacionales que el de sus propios pueblos.

Un tercer componente de la densidad nacional es la estabilidad institucional de largo plazo, independientemente de la naturaleza del régimen político. Es necesario tener una suficiente estabilidad institucional para poder articular las respuestas al dilema. El cuarto componente son las ideas. Ninguno de los países exitosos condujo sus políticas nacionales con la visión hegemónica de centro. Todos —incluidos los Estados Unidos en el siglo XIX, siendo una nación emergente— se manejaron siempre con ideas arraigadas en el interés nacional. Pasó con el Japón después de la restauración Meiji, y pasó después de la Segunda Guerra Mundial en las ideas y políticas heterodoxas de la República de Corea, la provincia china de Taiwán, China y la India. Como sostenía Prebisch, la existencia de un pensamiento propio es condición necesaria e indispensable para poder encauzar a los países por el camino del desarrollo.

América Latina, después de dos siglos de independencia, tropieza con la debilidad de la densidad nacional de nuestros países. Nuestras sociedades están fundadas sobre la base de la fractura social, la dominación de los pueblos originarios y el posterior fenómeno extraordinario de la esclavitud que caracterizó a gran parte de América Latina. En países como la Argentina, en que los pueblos originarios y los afroamericanos conservaron poco peso relativo en el total de la población después de la avalancha inmigratoria, la fractura social se afirmó en la concentración de la propiedad de la tierra y otros recursos naturales. El hecho de que América Latina sea

la región con la mayor concentración de riqueza y la más desigual distribución del ingreso es, en gran medida, un legado de la historia. Nuestro desafío en la resolución del dilema del desarrollo en el mundo global es mayor que en otras partes, porque aquí tenemos que responder a los problemas de la actualidad y, simultáneamente, reparar los agravios de la historia.

La fractura social tuvo su correlato en la inestabilidad política de largo plazo y en la existencia de liderazgos cuyas estrategias de poder se vincularon al centro hegemónico, como agentes de intereses transnacionales antes que como líderes de procesos endógenos, nacionales, de acumulación. Por las mismas razones prevalecieron, en mayor o menor medida según los países y los períodos históricos de cada uno de ellos, ideas subordinadas al pensamiento céntrico.

Dos siglos después de la independencia subsiste la necesidad de construir la densidad nacional. En el último informe de la CEPAL sobre el tema de la igualdad, la integración social y la inclusión se destaca una condición indispensable para el proceso de desarrollo de América Latina. Prebisch había enfatizado lo mismo en sus estudios sobre el capitalismo periférico e incluso antes.

De manera que para resolver el dilema del desarrollo en el mundo global es preciso enriquecer la densidad nacional de nuestros países en la inclusión social, en la calidad de los liderazgos, en la estabilidad democrática, en la consolidación de un pensamiento crítico que fructifique, no porque existe un vacío hegemónico del centro, sino porque somos capaces de construir un pensamiento original latinoamericano de desarrollo económico y social. Todo esto, para desplegar políticas eficaces de desarrollo que incluyan la estabilidad y la solidez de los fundamentos macroeconómicos. Raúl Prebisch siempre puso énfasis en esta cuestión, a veces con la incompreensión de algunos de sus discípulos. No es posible hacer políticas nacionales en el marco del desorden, es indispensable la solvencia fiscal, tener bajos niveles de endeudamiento y fortaleza en los pagos internacionales. Si no se tiene suficiente capacidad en el ejercicio soberano de la política económica, no hay transformación posible y para poder implementar políticas arraigadas en el interés nacional es preciso tener densidad nacional.

El neoliberalismo vernáculo, epígono del pensamiento hegemónico del centro, nos concibe como un segmento del mercado mundial y nos condena, como sostiene Helio Jaguaribe (1979), a la posición periférica. El fundamentalismo globalizador que contagió a América Latina ha provocado, en algunas expresiones del progresismo, una cierta resignación en el sentido de que la globalización es tan abrumadora, que lo único

que podemos hacer es buscar algunos nichos donde acomodarnos. Ese no fue el mensaje de Prebisch. No existe ningún nicho que nos permita generar desarrollo e inclusión social. La única vía posible es romper definitivamente la relación centro-periferia, generando capacidad de desplegar nuestros recursos e imaginación y un nuevo estilo de inserción en el sistema mundial.

¿Cuál es, entonces, la respuesta a la pregunta que formulé inicialmente?, es decir, ¿qué validez conservan los tres grandes mensajes de Prebisch? Más validez incluso que cuando con la colaboración de sus jóvenes colegas de trabajo de la CEPAL, los formuló hace ya más de 50 años. El primer mensaje, la importancia decisiva del pensamiento crítico, conserva aun más vigencia que en su tiempo. El segundo, que la transformación es posible, lo ratifica la experiencia de otras latitudes. Prebisch transmite un mensaje de esperanza. Tenemos los medios, la capacidad, los recursos, el talento necesario como para construir el desarrollo. No hay factores externos que nos paralicen y que lo impidan. El mensaje de la transformación y de la esperanza está tan vivo como entonces. Finalmente, el tercer mensaje, que no es posible el desarrollo sin un cambio estructural profundo que incorpore a las actividades en la frontera del conocimiento, aparece ratificado por la experiencia histórica y los estudios del desarrollo comparado, particularmente de los países emergentes de Asia. Esa transformación incluye el tema tratado en el último informe de la CEPAL (2010) sobre el despliegue de las pequeñas y medianas empresas; sus vínculos con las grandes cadenas de valor; los lazos de los sistemas de ciencia y tecnología con la producción; la educación y la sinergia entre las esferas pública y privada.

Por último, la densidad latinoamericana. Las categorías de la densidad nacional también tienen validez en el espacio regional. Cuanto más fuerte sean las densidades nacionales más profundas serán las vinculaciones entre nuestros países, las inversiones en infraestructura, la formación de cadenas de valor en sectores dinámicos de alcance regional, los programas de ciencia y tecnología, el financiamiento del desarrollo, y más sólidas las instituciones de la integración capaces de ejecutar políticas comunitarias e integrar los procesos nacionales en un espacio más amplio de alcance continental.

Para construir la densidad latinoamericana tenemos que concebir un pensamiento propio de la integración y visiones adecuadas a las realidades, así como abandonar la fantasía de reproducir en el espacio latinoamericano la experiencia de la Unión Europea. Nuestra realidad es diferente, la integración de nuestros países es distinta a la de otros espacios regionales. Hemos logrado en este

terreno avances importantes, probablemente más en el terreno político y en la concertación de las diplomacias latinoamericanas que en el campo del desarrollo económico. La densidad latinoamericana también se sustenta en el desarrollo social, la calidad de los liderazgos, la consolidación democrática y el pensamiento crítico.

En conclusión, conviene insistir en que, 25 años después del fallecimiento de Raúl Prebisch, sus ideas fundamentales, desarrolladas inicialmente en la Argentina y propagadas luego desde la CEPAL al resto del mundo con la colaboración de sus colegas de trabajo, tienen más vigencia que nunca.

Bibliografía

- Bresser-Pereira, Luiz Carlos (2010), *Globalization and Competition: Why Some Emergent Countries Succeed While Others Fall Behind*, Cambridge, Cambridge University Press.
- _____ (2008), "The Dutch disease and its neutralization: a Ricardian approach", *Revista de economía política*, vol. 28, N° 1, São Paulo, Centro de Economía Política.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2010), *La hora de la igualdad: brechas por cerrar, caminos por abrir* (LC/G.2432) (SES.33/3), Santiago de Chile.
- Ferrer, Aldo (2008), *La economía argentina: desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI* (con la colaboración de M. Rougier), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 4ª edición.
- _____ (2004), *La densidad nacional: el caso argentino*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- _____ (2000), *Historia de la globalización II: la Revolución Industrial y el segundo orden mundial*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1998), *El capitalismo argentino*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1997), *Hechos y ficciones de la globalización. Argentina y el MERCOSUR en el sistema internacional*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1996), *Historia de la globalización: los orígenes del orden económico mundial*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Jaguaribe, Helio (1979), "Autonomía periférica y hegemonía céntrica", *Estudios internacionales*, N° 46, Santiago de Chile, Universidad de Chile.
- Sunkel, Osvaldo (comp.) (1991), *El desarrollo desde dentro: un enfoque neoestructuralista para la América Latina*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica.